

cuando la empresa se había desarrollado á la faz del universo? A su vez, los abogados Ortega y Vázquez replicaron. Fué la repetición de los argumentos del día anterior, pero condensados con más fuerza y energía. En la sala reinaba un gran silencio, y los comisarios impasibles parecían abstraerse como si su sentencia no les hubiese sido dictada. Hora por hora, Escobedo transmitía á San Luis de Potosí los incidentes de la vista; por la noche un despacho anunció la terminación de los debates. La deliberación se prolongó más allá de lo que podía preverse, pues los jueces querían darse aires de independencia. En fin, á media noche, un nuevo telegrama informó á Juárez que ya tenía sus víctimas: «El consejo de Guerra, comunicaba Escobedo, ha condenado á muerte por unanimidad á los tres acusados (1).»

Frecuentemente las almas se agrandan al acercarse la muerte, como se alargan las sombras al acercarse la noche. Esta fuerza superior, hija de celeste auxilio y de arrogancia humana, no faltó á Maximiliano. Todo lo que había sido debilidad, veleidad, pasión, se borró ante las perspectivas de la muerte, y solo, sin patria, no teniendo más apoyo que el de Dios, pareció en sus últimas horas tal como sus amigos lo hubiesen querido toda la vida. Acogió su condena sin sorpresa. Había podido fundar alguna esperanza en la intervención de Europa, en la grandeza de su nombre y aun en Juárez: pero ¿podía contar con sus jueces? Mientras la sentencia era llevada al campo de Escobedo para que la ratificase, oyósele hablar de su proceso con una imparcialidad tranquila y de su próximo fin con una serenidad que desconcertaba. Recordó á sus amigos de Europa, y no sabiendo bien si sus deseos podrían cumplirse, recomendó que les fuese transmitida su despedida. Para aquellos de sus partidarios que habían quedado en México guardó señalada reserva, no por indiferencia, sino por temor de que un testimonio de su favor no viniese á ser más tarde causa de proscripción. Acusó violentamente á Francia, la cual, decía, sólo le había sostenido para abandonarle. Al divisar los eternos horizontes, su alma se tranquilizó aunque con algunos momentos de indignación. Uno de sus últimos mensajes fué para un oficial de nuestro ejército, el capitán Pierrón, que había sido jefe de su cuarto militar. En una carta llena de efusión le dió las gracias por su lealtad y le deseó «largos días felices.» Mientras tanto, llegó hasta él un falso rumor cuyo origen se ignoró siempre: fué el de la muerte de la emperatriz Carlota. La noticia, al destrozar su corazón, le llevó un rudo consuelo: todo se destruía á la vez. El 16 estaba ocupado en dictar al doctor Basch sus últimas disposiciones cuando un oficial mexicano se presentó á notificarle oficialmente la sentencia y le anunció que la ejecución se verificaría á las tres de la tarde. El emperador palideció, pero sin turbarse; luego, volviéndose hacia Basch: «Tendremos tiempo de terminar lo que hemos empezado.» Y con una extraordinaria libertad de espíritu continuó sus recomendaciones sobre su embalsamamiento, la traslación de su cadáver á Europa, su sepultura, previéndolo todo, hasta los gastos de estas co-

(1) *Papers relating to foreign affairs*, Wáshington, 1868, página 589.

sas fúnebres, pues en estos últimos tiempos había aprendido á conocer todas las penurias, incluso la de dinero. Un sacerdote fué el encargado de recoger los secretos de su alma; luego, á la una, se dijo Misa en la cámara de Miramón y los tres condenados se unieron en la comunión esperando estarlo en la otra vida. Faltaban dos horas para el momento fatal. El emperador habló de sus parientes, de sus compañeros de mar, de sus excursiones científicas, de los amigos que había dejado en Austria. Separadamente, los generales estaban con su confesor. De fuera llegaban rumores insólitos: eran las tropas que tomaban las armas y se reunían alrededor de la cárcel. Sin embargo, dieron las tres sin que pareciese ningún mensajero. A las cuatro se presentó un oficial, el coronel Palacios; no traía ni la orden de ejecución ni el indulto, sino un aplazamiento de tres días para que el archiduque y sus compañeros pudiesen ordenar sus asuntos. Los condenados serían pasados por las armas el 19, á las siete de la mañana.

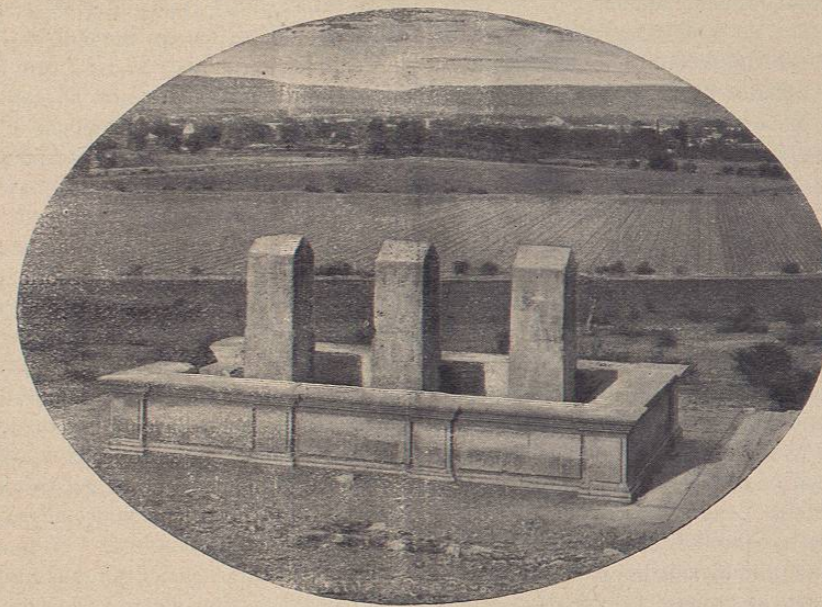
¿Qué había sucedido? En San Luis de Potosí, Magnus, Riva Palacio y Martínez de la Torre habían redoblado sus súplicas. No habiendo podido lograr que la jurisdicción fuese cambiada, habían esperado la primera noticia de la sentencia á fin de implorar el indulto. Se les había replicado primero que se apresuraban demasiado, que la noticia no era oficial; luego, que había que esperar la confirmación de la sentencia por la autoridad militar superior. Repentinamente habían sabido, el 16 por la mañana, que la ejecución debía verificarse aquel mismo día. Entonces, con loca precipitación, corrieron á la residencia de Juárez, forzaron la puerta y, á falta de indulto, lograron por lo menos arrancarle una dilación.

La prórroga, si no era el preludio del indulto, resultaría para los infortunados una crueldad más. Algunos, no pudiendo dar crédito á este exceso de inhumanidad, se figuraban todavía que las víctimas serían perdonadas. Sin esperanza y sin murmurar aceptó Maximiliano aquella prolongación de la agonía, que aprovechó para dedicar sus pensamientos con más solicitud que nunca á sus compañeros de infortunio: Miramón, que dejaba una esposa joven, loca de dolor, y Mejía, que acababa de ser padre; y repitiendo una súplica, hecha ya muchas veces, conjuró al presidente de la República que su sangre fuese la única derramada. El príncipe había tenido fe en Juárez. ¿Puede decirse que persistió hasta el fin un resto de esta confianza? Utilizando el breve plazo que se le dejaba, escribió al presidente una carta bastante larga en la que intercedía no por sí mismo, sino por el país que había intentado regenerar. Con una seriedad ultraterrena, ofrecía su vida por la salvación, por la prosperidad de su patria adoptiva: «Calmad las agitaciones, añadía, reconcilia los partidos, estableced una paz duradera.» Después de haber trazado estas líneas, temió que pudiesen parecer una súplica personal, y con una fiereza digna de su raza recomendó que el mensaje no fuese expedido hasta después de su muerte. Así transcurrieron las jornadas del 17 y 18 de junio, jornadas lentas y rápidas que se hubiesen querido precipitar á la vez que retener. El 18 por la tarde llegó el barón Magnus. Habiendo fracasado sus esfuerzos, quería por lo menos volver á ver al príncipe: para ello obtuvo un correo especial, y después de un viaje efectua-

do de un golpe, llegó á Querétaro. Con una alegría llena de gratitud el archiduque volvió á ver á tan fiel amigo. Luego, llegada la noche, preparóse á entregarse á su último sueño, el que precedería al supremo reposo.

Durante este tiempo, dirigíanse á Juárez súplicas insistentes que se sucederían hasta que todo estuviese consumado. Entre los liberales muchos se afiigían menos por los sentenciados que por el buen nombre de México. Presenciáronse enternecedoras demostraciones. El presidente recibió una instancia firmada por mujeres mexicanas. En la noche del 18 llegó todavía un despacho á San Luis de Potosí: era del barón Magnus: «Llegado hoy á Querétaro, telegrafaba el diplomático pru-

llegar hasta el presidente, pero vió á los abogados Riva Palacio y Martínez de la Torre y logró comunicarles su desesperación. A pesar de la hora y á pesar de los precedentes reveses, solicitaron y obtuvieron del presidente una nueva audiencia. El Sr. Martínez de la Torre tenía los ojos arrasados en lágrimas y entrecortaban su voz los sollozos. Por última vez pidió gracia en nombre de la humanidad y por el honor de su país. Juárez replicó como hubiese podido hacerlo el más impasible de los convencionales. Comprendía que se pudiesen reprobar sus rigores, pero el porvenir le haría justicia: importaba asegurar la salvación de la República, atemorizar para siempre á cualquiera que quisiese atentar



Sitio en que fueron fusilados el emperador Maximiliano y los generales Miramón y Mejía

siano, me he cerciorado de que los condenados habían sufrido moralmente el domingo todas las torturas de la muerte. Las prácticas humanitarias de nuestros días no permiten que después de haber sufrido este horrible tormento sean de nuevo llevados á morir mañana. En nombre del cielo os suplico que deis órdenes para conservar su vida.» En un lenguaje solemne, grave, sin ser provocativo, Magnus enumeraba todos los monarcas de Europa, parientes, amigos y aliados de la casa de Austria: á todos alcanzaría el golpe dado á Maximiliano: todos estaban dispuestos á dar seguridades de que ninguno de los tres prisioneros volvería á pisar el suelo mexicano. Eran las nueve de la noche cuando el gobierno recibió el despacho. Una hora más tarde salió la contestación formulada por el Sr. Lerdo de Tejada: era una nueva negativa (1). No era sólo Maximiliano quien excitaba la compasión, sino que de ella también participaban Miramón, joven de valor acrisolado, y Mejía, tantas veces victorioso y siempre noble para con sus adversarios. Se ha dicho que en esta noche del 18 al 19 de junio la joven esposa de Miramón pudo ver á Juárez y en el delirio de su dolor se arrastró largo rato á sus pies. Parece seguro que la pobre mujer no pudo

contra la soberanía de la nación: con el sacrificio de algunos culpables haría posible la clemencia para con los alucinados. Habló así con tono tranquilo, más bien triste, con toda la obstinación del fanatismo. Entonces, sólo entonces los abogados comprendieron que todo estaba perdido, y habiendo cumplido con su deber, abandonaron antes de amanecer San Luis de Potosí.

Aquel día 19 de junio, próximo á alborar, sería el último de Maximiliano. A las primeras claridades de la mañana, el príncipe despertó después de haber dormido tranquilamente y reanimadas sus fuerzas para la gran prueba. Sobre su mesa estaba colocada una *Imitación de Cristo*, que había leído por largo espacio durante la velada y varios pasajes de la cual dejó marcados con un registro. Tal como lo había hecho tres días antes, habló con su confesor, oyó misa con los generales y luego tomó algún alimento, en medio de una conversación apacible. Dirigiéndose al doctor Basch, le confió su anillo de boda y además un escapulario. «Entregaré usted esto á mi madre,» dijo. Miramón y Mejía demostraban también presencia de ánimo, pero con mayor esfuerzo, pues su corazón se desgarraba al pensar lo que dejaban en la tierra. A las seis las campanas de la ciudad doblaron, siguiendo la costumbre española, en señal de agonía. Hubo los mismos preparativos que el domingo anterior y desde fuera se oyó, como en aquel

(1) Véase *Papers relating to foreign affairs*, Wáshington, 1868, págs. 591-592.

día, el rodar de los carruajes, las voces de mando y el ruido confuso de un cortejo en formación. Pronto apareció el mismo oficial, coronel Palacios, portador esta vez no de un aplazamiento, sino del aviso de que el momento había llegado. Maximiliano se despidió de sus servidores y tendió la mano al doctor Basch, quien al sentir el apretón se desvaneció. Cuando el príncipe transpuso el dintel del Convento de Capuchinos, el sol, un sol de junio, ascendía radiante por el horizonte. «¡Qué hermoso tiempo!, murmuró. Es el que deseaba para el día de mi muerte.» Así el poeta, el soñador, reaparecía al estar próximo a su fin. Muy cerca de la ciudad se erguía una colina llamada el *Cerro de las Campanas*, desde donde se descubría el valle y las montañas, y en la cual Maximiliano, seducido por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, había descansado á menudo. Era allí también donde el último día del sitio había reunido á sus soldados y entregado á Escobedo su espada. Este sitio iba á ser el de su suplicio. Para llegar á él había que atravesar la mayor parte de la ciudad. Los balcones de la carrera tenían las cortinas corridas y los postigos cerrados en manifestación del duelo de sus habitantes. En los alrededores de la colina había reunidos un número bastante crecido de indios atraídos por la curiosidad y también por la simpatía, ya que este príncipe extranjero que iba á morir y que nada dejaría tras de sí, les había llevado en otro tiempo palabras de liberación. Al llegar al punto fijado para la ejecución, Maximiliano descendió del coche y dirigiéndose á Miramón, á quien había tenido mucho tiempo por sospechoso: «General, le digo, os cedo el sitio de honor.» Y le colocó entre él y Mejía. Luego abrazó á ambos. Los periódicos de entonces han publicado un discurso bastante largo, que se supone pronunciado por el emperador. Es más probable que sólo se limitase á decir algunas palabras; fué un simple deseo, el de que se cerrase la era de proscipciones. Miramón se dirigió también á la muchedumbre: «¡Viva el emperador!, ¡viva México!,» gritó. Mejía, bravo en tantos combates, pensaba en su esposa, en la criatura que acababa de nacer en su hogar, y piadosa, convulsivamente, estrechaba su crucifijo. Los soldados prepararon sus armas: los fusiles se bajaron. Oyóse aún al archiduque pronunciar estas palabras: «¡Pobre Carlota!» Una hora después el cadáver de Maximiliano era trasladado al convento que le había servido de cárcel. El doctor Basch, con mano trémula, contó las heridas: había recibido seis, tres de ellas mortales. Entre los soldados del ejército republicano varios sentían una emoción casi igual á la suya. «Era una grande alma,» dijo el general Palacios levantando el sudario que cubría el pobre cuerpo acribillado (1).

## VII

En esta aventura mexicana fué horrible todo, aun lo que siguió á la muerte. La crueldad que se había encarnizado en el príncipe mientras vivía, le persiguió también en sus despojos mortales. En la noche del 19 de junio, á la primera noticia de la ejecución, el Sr. de Lago, ministro de Austria, telegrafió desde Tacubaya:

(1) Véase doctor Basch, *Erinnerungen aus Mexico*, tomo II, página 218.

«Os ruego que me enviéis el cuerpo de Maximiliano para llevarlo á Europa.» Juárez, con toda la terquedad del fanatismo, se había encerrado en el rigor: su contestación fué negativa. Mientras tanto, en aguas de Sacrificios se hallaba apostada la corbeta austriaca *Elisabeth* esperando una señal del príncipe para recogerlo á su bordo. Mandábala el capitán Groeller. Cuando éste se hubo cerciorado de que el único camarote que tendría que preparar sería una cámara mortuoria, rogó al comandante de un buque de la marina federal, anclado en aquellas aguas, que reclamara á Juárez los despojos: «Los restos de un muerto no pueden servir á México, comunicó el americano. Obro con propósitos humanitarios.» Luego, positivo como los de su raza, añadió: «Todos los gastos serán satisfechos.» Hasta aquí los despachos de los Estados Unidos se habían limitado á llegar demasiado tarde: éste, según parece, no llegó nunca, y cuando Mr. Seward, meses después, se extrañó del silencio, le contestaron desde México que nada se había recibido (2). El barón Magnus, después de la ejecución, había regresado á San Luis de Potosí. A su vez, el 29 de junio solicitó lo mismo. Invocaba la voluntad del difunto, voluntad sagrada, aunque fuese la de un príncipe. El ataúd, decía, será transportado sin pompa, sin ceremonia, evitando todo cuanto pudiera excitar la emoción ó sólo despertar la curiosidad del pueblo. El éxito no fué mejor, y el 30 de junio se reiteró la negativa, si bien acompañada con grandes muestras de pesar. En Querétaro el doctor Basch guardaba el cadáver que había embalsamado y que rodeaba de piadosos cuidados. Lo que la diplomacia no había podido arrancar á Juárez, intentó lograrlo invocando su piedad. La petición fué humilde, como convenía á un hombre de posición modesta, sin cargo oficial, sin más título que el afecto. «El ciudadano presidente ha decidido por buenas y suficientes razones no acoger vuestra petición,» tal fué la áspera contestación formulada el 30 de julio por el Sr. Lerdo de Tejada (3).

Decididamente á Juárez le disgustaba soltar ninguna de sus conquistas, y aparentemente el cadáver era una de ellas. Sin embargo, la bandera imperial había sido abatida en todas partes, aun en México y en Veracruz. Marquez, ese campeón de la reacción, había logrado escaparse sin que se pudiese saber en favor de quién había trabajado en los últimos momentos, si para el imperio, para una nueva intriga, ó solamente para su propia salvación. Nuestros nacionales habían regresado á Europa, dichosos con haber salvado la vida y no ambicionando nada más. De la obra francesa no quedaba ningún rastro, apenas algunas ruinas, de suerte que la increíble vejación carecía hasta de un pretexto que la excusase. Austria no podía resolverse á dejar en tierra extranjera al más infortunado de sus hijos. Hizo partir para el Nuevo Mundo á su más valiente marino, Tegethoff, que se había cubierto de gloria en Lissa. El 26 de agosto llegó delante de Sacrificios y solicitó la autorización de ir á México. «Podéis dejarle pasar,» replicó desdeñosamente el ministro de la Guerra. El 3 de septiembre los antiguos abogados de Maximiliano, Martí.

(2) *Papers relating to Foreign affairs*, tomo II, pág. 478, Washington, 1868.

(3) *Papers relating to foreign affairs*, segunda parte, páginas 681-682, Washington, 1868.

nez de la Torre y Mariano Riva Palacio, acompañaron al mensajero al ministerio de Negocios extranjeros. «¿En calidad de qué viene usted?, le preguntó el Sr. Lerdo de Tejada.—He pensado, repuso Tegethoff, que el gobierno mexicano preferiría que yo no viniese con una misión oficial, sino solamente como embajador de una familia, invocando la humanidad, la piedad... Vengo, añadió, de parte de la archiduquesa Sofía.» La súplica era la de una madre y se formulaba por boca de un héroe. La antigüedad hubiese retenido la escena, perpetuándola quizás. Ni la tierna sencillez del ruego, ni la grandeza del enviado, ni la ancianidad de una mujer desconsolada, pudieron arrancar un consentimiento. Las democracias tienen algunas veces singulares durezas. Juárez exigió una reclamación oficial de Austria, ó una petición escrita de la familia del archiduque (1). Así requerido, el jefe del gabinete de Viena, Sr. de Beust,

(1) *Journal officiel de Mexico*, 9 de septiembre de 1867, *Papers relating to foreign affairs*, segunda parte, págs. 680 á 681, Washington, 1868.

se humilló hasta extender una solicitud que parecía ser un reconocimiento del nuevo orden de cosas. Entonces, y solamente entonces, la formalista República se suavizó. La fragata *La Novara*, que había en otro tiempo conducido á Maximiliano á México, esperaba en la costa. Ella lo trasladó á Europa. En Viena el 18 de enero de 1868 abrióse la cripta de los Capuchinos y, en fin, en la sepultura de los antepasados, los tristes restos encontraron su reposo.

Durante este tiempo, en los jardines de Lacken vagaba, presa de la demencia, la emperatriz Carlota, esa Ofelia que espera su Shakespeare. En cuanto á Napoleón, en cuanto á Bazaine, saboreaban lo que les quedaba de prosperidad, pero estaban abocados á una tragedia peor que la que acaba de narrarse. Verdaderamente, una especie de maldición, obrando á la manera del antiguo destino, se cernía sobre la tierra ardiente de México, y de todos los que figuraron en el inexorable drama, ¿quién se atrevería á decir que Maximiliano fué el más desgraciado?

FIN DEL TOMO UNDÉCIMO



BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO  
FONDO BIBLIOTÉCA NACIONAL  
MEXICO